

que, contra lo que acostumbran los mas de los oceánicos, buscan con furor nuestros licores espirituosos. Asi es como recibimos durante nuestra mansion en Otaiti las iripulaciones de dos piraguas pomotus que llegaron en la misma tarde: algunos vasos de un aguardiente muy fuerte de Chile recibieron á aquellos huéspedes y disiparon las sombrías nubes que ofuscaban sus semblantes. Aquellos naturales nos pidieron permiso para bailar, lo que hicieron del modo siguiente. Ocho pomotus se colocaron formando una sola fila, y se sentaron sobre la cubierta: todos de comun acuerdo daban palmadas sobre los muslos y las piernas con las manos en hucco, lo cual producía una especie de ruido armónico, cuyo compás lento se apresuró á poco. Durante este tiempo cantaban los isleños con un compás lento y monotonó, y modificaban la voz natural para darle una inflexion ronca y estomacal. A medida que se aligeró el compás se levantó con presteza uno de los ocho pomotus que estaban sentados y bailó solo: toda su pantomima se componía de movimientos muy rápidos en estremo de las piernas y los brazos. Cuando se hallaba cansado el primer bailarín, salió otro y despues otro, y entonces el baile fué en estremo indecente. Estos bailes son siempre característicos; y los que imitan los combates representan todas las costumbres de aquellos pueblos en su modo de hacer la guerra, y son en cierta manera un mimodrama destinado á presentar á la vista de la tribu las hazañas de sus guerreros: los pomotus gustan con pasion de estos ejercicios que ejecutan con tanto calor y entusiasmo, sus almas están tan identificadas con este género de placer, que al muy poco tiempo se les ve jadear de cansancio y cubiertos de sudor. La lengua de estos isleños, lo mismo que la de todos los habitantes de las islas de la Sociedad, abunda en vocales, y les permite improvisar sobre cualquier asunto

quehiere su imaginacion tan móvil. Sus versos están al parecer sujetos á una especie de cadencia; ello es que se componen de un número uniforme de metros. Cuando están entre estrangeros, sus versos contienen por lo comun algunos cumplimientos con el fin de que les hagan regalos: así es que muchas de las canciones que improvisaron la tarde que llegaron á bordo giraban sobre lo secas que tenían las gargantas, y que esperaban que en la piragua francesa les darian ava-ava (aguardiente) para humedecerlas. Otras veces se burlaban de los taitianos sometidos á la dominacion de los misioneros anglicanos.

Los pomotus deben ser una colonia reciente del archipiélago de la Sociedad; todo manifiesta en ellos el tronco de que proceden.

6. DE LOS OTAITIANOS.

Los naturales de la isla de Otaiti, tan célebres en Francia por las relaciones llenas de encanto y sencillez que ha publicado Bougainville sobre sus usos y costumbres van á ser ahora el objeto de nuestro estudio. No siempre estará conforme nuestra opinion con la que generalmente está recibida; pero convendrá tener presente que esta noticia histórica ha sido trazada en aquellos mismos parages, y que por lo tanto no podemos alterar nada nuestro primer sentimiento.

Los otaitianos son el tipo de nuestra rama oceánica, á pesar de que se ha pensado que el pueblo y los gefes no pertenecen á la misma raza: pero la distincion de *tiaus* ó *tiraras* (los gefes) con los (*tutus*), pueblo bajo, no se apoya mas que en indicaciones vagas y superficiales; porque si la mayor parte de los *tiaus* se diferencia de los otros isleños por su mas alta

estatura, y por un color mas claro, esto depende de que se alimentan mejor y viven menos sujetos á la influencia del sol: por otra parte se observa en la casta privilegiada que hay hombres contrahechos y de color bastante oscuro. Todos los otaitianos, casi sin escepcion, son buenos mozos: sus miembros tienen proporciones graciosas, pero al mismo tiempo robustos en apariencia, y todos sus músculos están cubiertos de un tegido celular espeso que redondea sus formas. Medimos á dos de los mejores mozos del distrito de Matave llamados Faeta y Upaparú: su talla era de cinco pies, ocho pulgadas y algunas líneas, y no es raro hallar isleños que tengan esta estatura: sin embargo, las dimensiones mas comunes del resto de los habitantes son, por término medio, de cinco pies y tres á cinco pulgadas.

La fisonomía de los otaitianos lleva generalmente impreso el sello de una grande dulzura y de una apariencia de bondad. Su cabeza seria europea á no ser por el aplastamiento de las ventanillas de la nariz y lo demasiado gruesos que tienen los labios. Sus cabellos son negros y ásperos. La tez de la piel es de un color amarillo rojizo poco subido, ó lo que vulgarmente se conoce con el nombre de color de cobre claro. Esta carnacion varía sin embargo de intensidad; así es que muchos naturales de ambos sexos no tienen otro color que el moreno que distingue á los habitantes del Mediodía de la Europa. El cutis es en estremo suave al tacto; pero despidе un olor muy fuerte y tenaz que en gran parte procede de las fricciones de aceite de coco con que continuamente se frotan, y este olor permanece á pesar de los baños que usan diariamente. Hombres y mugeres se cortan el pelo muy á raiz, y ni unos ni otros se quitan el vello; pero los primeros se arrancan la barba, y solo se dejan los bigotes, que se cortan de modo que quede un reborde sobre

el labio superior. Los miembros son bien dibujados, y las piernas, segun nuestras ideas acerca de la belleza, son notables por sus buenas proporciones. Todo el sistema muscular está ámpliamente desarrollado; pero como jamás ha adquirido formas por un ejercicio de las fuerzas, resulta la molicie y la inercia propias de los otaitianos. Su modo de andar es en efecto vacilante é inseguro, y si ejecutan ejercicios violentos, pero muy pronto se les acaban las fuerzas. ¿Cómo podria ser otra cosa en un pais en que los productos alimenticios están tan abundantes, y donde para tenerlos no es menester emplear esfuerzo ni trabajo alguno? De esta feliz posicion, de esta fecundidad de la naturaleza resulta que los otaitianos tengan las costumbres muelles y afeminadas y las ideas aun en la infancia que los distinguen. Esta es la razon de que los habitantes de Borabora, menos favorecidos, se dedicaron á la piratería y les hicieron frecuentemente la guerra con éxito. Por la misma razon han adoptado sin dificultad las nuevas máximas introducidas por los misioneros ingleses; máximas que los demas pueblos de la misma raza, pero cuyo temple de alma es mas fuerte, han rechazado.

Antiguamente se discutió mucho acerca de que los americanos no ofrecieron á los primeros observadores un sistema piloso tan espeso como el de otros muchos pueblos: la cuestion está ya hoy resuelta; pero ciñéndose ahora á hablar de los otaitianos, esta parte accesoria de la organizacion está abundantemente provista. Ligeros en la carrera, están estos naturales acostumbrados desde la infancia á trepar á la cima de los cocoteros mas altos, y á las crestas de las mas escarpadas rocas. Saben tirar las piedras con mucha destreza, y tienen un ojo tan certero, que casi siempre atinan al objeto que quieren. Adiestrados desde la mas tierna infancia á la natacion, se divierten los

otaitianos en su juventud en hacer evoluciones en medio de los arrecifes; atraviesan largos espacios sin cansarse. Como sus sentidos están acostumbrados á las observaciones intuitivas, ellos ven un pájaro oculto entre las ramas de un árbol distante, ó una lagartija que hace ruido á lo lejos debajo de una piedra, al paso que un europeo se esfuerza en vano en ver ú oír á alguno de estos animales. Esta facultad no es esclusiva de ellos, pues pertenece igualmente á todos los pueblos aislados ó diseminados en la superficie de la tierra, que hacen uso de ella diariamente.

Desde su mas tierna infancia están familiarizados los otaitianos con la intemperie de las estaciones. Hemos visto á algunos que se mantenian fuera de sus cabañas y completamente desnudos aunque llovía á mares. Además estos hijos de la naturaleza pueden desarrollarse en paz; luchar con las olas en medio de las rompientes, trepar á los árboles y correr sin cesar por los bosques es lo que forma su primera educación, y en vista de esto, no es sorprendente que los miembros adquieran la facilidad en los movimientos que es tan opuesta á la rigidez é inmovilidad de un europeo.

Las mugeres de Otaiti, estas sacerdotisas de Venus, cuyos seductores atractivos pintan tan rodeados de encantos Bougainville, Wallis y Cook, son generalmente muy feas de cara. Bien sabemos que no es esta la opinión recibida en Europa: y los cuadros graciosos y fantásticos que se han hecho de sus facciones están en cierto modo presentes en la memoria para debilitar nuestro juicio. Pero hemos visto la mayor parte del bello sexo otaitiano, y podemos afirmar sin recelo que apenas se podrán hallar en toda la isla treinta caras tolerables, segun nuestras ideas acerca de la belleza, ó citar diez que tengan una fisonomía atractiva; y para esto seria necesario buscarlas entre

las que están en la aurora de la vida; porque la maternidad y los trabajos domésticos las ponen ajadas muy pronto. Todas las mugeres de edad son asquerosas por una demacración general que es tanto mas grande cuanto que reemplaza ordinariamente á una robustez considerable. Los primeros navegantes cuando abordaron á aquella isla tan bella por la pompa de su vegetación y la dulzura de su temple, ¿quedaron seducidos por los placeres sensuales con que se les embriagó despues de largas privaciones, ó bien la belleza de la sangre ha padecido alguna alteración á consecuencia de enfermedades venéreas, como creen los misioneros? Todo induce á creer que la primera idea es la mas probable, la vida de la gente de la mar se pasa en medio de terribles visicitudes, de privaciones de todas clases, y en los cortos momentos en que pueden satisfacer sus gustos, se entregan á ellos en el mas completo abandono. Fácilmente se concibe de qué manera dota entonces su imaginación de todas las ventajas reunidas el suelo que les ofreció fáciles placeres, sin que la educación misma baste á preservar de estos prestigios, puesto que vemos que muchos hombres graves participan del mismo sentimiento. Camoens, entre otros varios, ¿no dedicó un canto para celebrar los placeres que Gama y sus compañeros disfrutaron en una isla afortunada? Bougainville, Wallis, Cook, Bligh, han rivalizado en sus relaciones en pinturas un poco vivas y semejantes á las del Albano cuando dibujan los contornos graciosos, el aire incitativo, los ojos lánguidos de las otaitianas, que segun dicen estos navegantes, habrían podido entrar en competencia con las francesas cuya frente tan solo tiene la media tinta morena que no sienta mal en la cara de las andaluzas. Si este cuadro no fuese concerniente mas que á un corto número de jóvenes, seríamos los primeros á reconocer su verdad;

pero el sexo femenino, aunque dotado bastante universalmente de ciertas facciones de que se enorgullecian las europeas, está tan poco favorecido bajo otros conceptos, que un observador juicioso no puede menos de destruir las equivocadas prevenciones que generalmente se han difundido. Las otaitianas cuando solteras tienen las carnes necesarias para dar gracia al cuerpo y que redondea sus contornos, siendo al mismo tiempo el signo menos equivoco de una salud robusta; tienen la pierna fuerte y bien proporcionada, las manos muy pequeñas; la singular anchura de la cara depende acaso de la costumbre que tienen las madres de comprimir desde la más tierna infancia la cabeza de sus hijos; de lo cual resulta que se agranda la boca, se ensanchen las ventanillas de la nariz y resalten los juanetes; de manera que la nariz, que generalmente es muy abultada y los labios muy gruesos, no contribuyen, como se puede calcular, á hermosear el conjunto de la fisonomía; pero no son de despreciar las ventajas de que la naturaleza las ha dotado. Ellas como los hombres, tienen muy buena y bien esmaltada dentadura; los ojos rasgados, llenos de fuego y animación, á la flor de la cara y con buenas cejas y pestañas negras; los cabellos son también negros, y el lustre que en ellos brilla procede del aceite de coco ó *monoa* con que generalmente se lo untan: el pecho presenta dos medias esferas perfectas cuya dureza levanta la tela que medio las cubre; pero el botón de rosa que la liberal naturaleza colocó en el pecho de alabastro de la muger originaria de la raza caucásiana, no tiene el mismo color y frescura; es una especie de mora negra, larga y del grueso de la punta del dedo, rodeada de una areola cubierta de papilas salientes, y de un color moreno oscuro: tales son las ventajas físicas de la otaitiana más favorecida. El color de la carnación de mugeres y hombres es cobrizo claro. Algunos,

sin embargo, son notables por una grande blancura, y particularmente las mugeres de los gefes, que no están sujetas á los trabajos penosos ni á la acción del sol, tienen una tez mucho más clara que las provenzales. Pero los goces prematuros, el casamiento y la crianza destruyen muy pronto las ventajas de que acabamos de hablar. A los diez años son núbiles las mugeres, y al poco tiempo son madres muy fecundas. El mayor servicio que los misioneros europeos han hecho á aquellos pueblos es el haberlos inducido á abolir la horrible costumbre de sacrificar á sus hijos; el gran número de estos promete á la población de Otaiti un aumento tanto más necesario, cuanto mayor ha sido la disminución que ha sufrido por efecto de las guerras, de las enfermedades, y de los sacrificios humanos. Las madres miran como la más sagrada obligación el criar á sus hijos, y tan solo dejan de hacerlo en casos rarísimos; y las mugeres de los gefes que gozan allí, como en todas partes, de una prerogativa que no alcanza al vulgo, son las únicas que pueden eximirse de esta piadosa obligación. Las mugeres se ayudan recíprocamente en sus partos; la vecina más próxima sirve de partera y corta el cordón umbilical con el filo de una concha. Luego que el recién nacido ha salido á luz le meten en un baño de agua fresca; la madre le da de mamar por mucho tiempo, y hemos visto niños de tres ó cuatro años que corrían buscando el pecho. Una observación que con dificultad hemos podido esplicarnos, es relativa al corto número de viejos que se ve entre los otaitianos. En efecto, son pocos los individuos á quienes se le puede suponer la edad de setenta años á lo más. Los misioneros ingleses tienen actualmente registros exactos sobre las alteraciones de la población, y es de creer que este punto pueda resolverse completamente algún día.

Cuanto mas concentrados están los hombres en la esfera de sus ideas, tanto mas cerca están de lo que se llama estado de naturaleza, tanto mas fuertes son los vínculos de familia; efectivamente, los otaitianos quieren á sus hijos con la mayor ternura; les hablan con dulzura, jamás les dan golpes, ni comen nada sin que aquellos participen. Estos buenos sentimientos no han podido destruirse sino por la fuerza tiránica de las supersticiones religiosas; y tal padre que amaba tiernamente á su hijo le veia sacrificar sin sentimiento en los altares á petición del terrible dios Oro.

¿De dónde puede provenir el considerable número de jorobados que por do quiera se encuentran en Borabora, en Taiti y en todas las islas de la Sociedad? Estos jorobados, como los de Europa, son vivos, alegres é inclinados á la sátira. Los misioneros atribuyen esta degenerescencia á los funestos efectos de las enfermedades sifiliticas; pero nosotros no participamos de una opinion, que sin duda han adoptado como un tema de declamacion contra los navegantes.

Estos jorobados son dispuestos, y mas de una vez nos hemos quedado sorprendidos de verlos trepar fácilmente hasta las puntas de los mas altos cocoteros.

Los trabajos que pertenecen á cada sexo están repartidos del modo siguiente: las mugeres fabrican las telas, tegan las esteras y los sombreros de paja, y son como en todas partes las guardianas de las casas. Los hombres construyen las cabañas, ahuecan los troncos de los árboles para hacer las piraguas, plantan los árboles y cogen sus frutos, y preparan la comida en hornos subterráneos. Van solos á la pesca, ó recorren los arrecifes para coger los moluscos con que se alimentan.

Los otaitianos, perezosos por esencia, encuentran la suprema felicidad en el sueño ó en el reposo; ge-

neralmente se acuestan desde el crepúsculo. Sin embargo, desde que llegaron los europeos, han adoptado algunas familias la costumbre de unas cortas veladas; y el padre ó el abuelo á la luz de la vacilante llama que despide una torcida mojada en aceite de coco, metida en su misma cáscara, cuenta á sus hijos algunas aventuras de pesca. los instruye en la historia de Otaiti ó en los misterios de su religión. El que cuenta acomoda sus gestos é inflexiones de voz al asunto que refiere. Todos los individuos de la familia duermen por lo comun revueltos en una misma pieza en esteras tendidas en el suelo. Con frecuencia hemos visto á algunos recién casados acostados en la misma estera que sus padres y hermanos. Los gefes únicamente se acuestan en esteras estendidas sobre un bastidor, y telas de la corteza del árbol del pan al rededor de la cama hacen el papel de colgaduras. Tambien acostumbran dormir la siesta, y todos los isleños duermen habitualmente desde las doce á las tres de la tarde.

Los otaitianos hacen tres comidas principales: de cimos principales, porque comen á todas las horas del dia. Sin embargo las comidas de familia se hacen por la mañana temprano, á cosa del mediodía, y al ponerse el sol; pero es muy raro encontrar á un natural sin que tenga en la mano un pedazo de fruta del pan asado debajo de las cenizas ó un coco fresco, cuya leche emulsiva les gusta mucho.

Su arte de cocina es muy sencillo, y la naturaleza ha proveido con mano liberal, en punto á sustancias alimenticias y féculas de que en ninguna parte se encuentra tanta abundancia. Siete ú ocho meses del año los árboles de pan ó mayores están dando fruto, el resto del año tienen cocos ó taros, batatas ó raices de tevé (*tacca pumatifida*, Linneo). Tambien hacen preparaciones destinadas á variar su alimento ó

para temporadas de escasez: así es que sacan féculas muy puras y muy buenas de las raíces de *arrow-root* y de *taro*: hacen el *saipei*, que es una especie de pudín compuesto con carne del fruto del pan y coco, al cual dan el nombre de *poe-taro*, cuando se le agregan hojas de arum, y *poe-pya* cuando es zumo de coco y raíz de *pya* raspada. Pero la mejor de todas estas preparaciones sin contradicción alguna es una especie de jalea que llaman *popoe-fayí*, que es una mezcla de frutas de pan cocidas con plátanos de las montañas.

Con arreglo á las ideas nuevas que les han comunicado los misioneros, acostumbran los taitianos á no encender sus fuegos subterráneos mas que los sábados ó las vísperas de fiestas solemnes, y los alimentos que preparan en ellos duran toda la semana: cuando llegan á faltar las provisiones, se limitan á reunir delante de su puerta algunos carbones en que asan frutas del pan ó raíces. Aunque se ha descrito bien por menor los hornos de que se sirven, sobre todo los isleños del archipiélago de la Sociedad, es tan ventajoso este método para dar un gusto exquisito á los manjares que en ellos se condimentan, es tan sencillo, pero al mismo tiempo tan notable, que no podemos menos de hablar algo acerca de él, si quiera sea con brevedad. A unos cuantos pasos de sus cabañas abren los habitantes un agujero circular bastante grande, pero poco hondo, cuyo fondo guarnecen con piedras (pedazos de *trachytys*); despues encienden una buena fogata, sobre la cual echan una capa de tierra para que el calor no se evapore. Cuando el grado de este está suficientemente alto, descubren el horno, y ponen en el fondo, sobre una capa de piedras calientes cubiertas con hojas de plátano, un cochino con el vientre lleno de piedras calientes: echan por encima otra capa de piedras tambien calientes, y renuevan el fuego con envolturas filamen-

tosas ó cáscaras de coco muy secas. Por encima dejan unos respiraderos por donde salen espesas columnas de humo. A veces colocan en un segundo plan varias capas de frutas del pan ó *mayore*. En seguida cubren el conjunto del horno, y conservan el fuego como medio día. Cuando la decocion toca á su término, se cubre todo el horno con una espesa capa de tierra, se concentra el calor, y completa la cocción. Las piedras del país que son muy porosas en razon á su origen volcánico, son las mas á propósito para propagar el calor. En las comidas de etiqueta que dan los reyes no se destapa el horno hasta el momento de servir las; y los frutos de pan que se sacan y las carnes asadas, conservan un perfume exquisito y succulento que en vano se buscaria en los manjares preparados por el método europeo.

Los alimentos usuales consisten, pues, en carnes, frutas y raíces. La carne que mas les gusta es la de puerco, á que dan el nombre de *puu*; pero todos los habitantes no pueden comerla sino rara vez. En otro tiempo gustaban de los perros (*uri*): crían pollos (*moena*), juntan los huevos en los matorrales, pero no hacen uso de ellos. Gustan apasionadamente del pescado, que casi siempre comen crudo, y comen muchas almejas, holoturias, *aplysies*, así como grandes crustáceos que la mar arroja á las orillas.

Pero la base real de su existencia es el fruto que llaman *mayore* que produce el utilísimo árbol del pan. La Providencia divina ha asegurado con el coco una vida exenta de necesidades á aquellos pueblos, ó para mantenerla no se ven obligados á adquirir con pena los primeros alimentos.

El *rima* ó fruto del pan se come cocido: durante una parte del año produce frutos verdes que van cogiendo á medida que los necesitan; pero en enero, febrero, noviembre y diciembre deja de producir.

Entonces cuidan de convertir su pasta en una especie de conserva accidilla que dura aquel tiempo, y que comen juntamente con plátanos secos al sol y atados con fuertes ligaduras llamadas *piri*, enteramente parecidos á un andullo de tabaco. Los ingleses estiman mucho esta especie de preparacion de que usan los marinos como de un excelente antiescorbútico. Con el *rima* fresco fabrican una golosina triturando su pasta con la de plátanos cocidos; tambien estienden su fécula, que ponen á fermentar un instante para hacer una bebida instantánea que tiene un sabor acidulado, una consistencia espesa, y un color blanquecino que se llama *popoe*.

Parece que el cocotero ha sido criado para ser útil en todas sus partes: asi es que los taitianos veneraban á esta brillante palmera. Sus cocos frescos aun sirven de preferencia para su alimento y bebida. A la palmera la llaman *aru* y *totomude* al fruto: en este estado gustan con delirio de la leche mantecosa que tiene dentro; comen la almendra blanda que está adherida á sus paredes internas, la cual sacan con los dedos ó empleando un pedazo de la misma cáscara, y la devoran en un instante. Las palmeras nuevas que aun no se han desarrollado ó que están aun en yema, son una golosina muy apetecida que ellos llaman *cuto*.

Cuando los cocos han llegado á perfecta madurez se reservan para fabricar aceite. Pero los naturales van á los hosques á recoger los que están nacidos, se comen lo interior que está esponjoso con mucho gusto, y arrojan la almendra que está aun adherida á la corteza ó cáscara porque está muy dura y buena solamente para dar aceite.

En fin, con la almendra ó carne del *ari*, moliéndola y lavándola forman unas bolas gordas que ponen á secar para que se conserven, y que sirven para componer otros manjares.

Los plátanos son igualmente un importante artículo de consumo; los comen crudos cuando frescos, ó bien los cuecan y mezclan con el *mayore* ó fruto del pan. Tambien se hacen conservas llamadas *pire*, estrujándolos fuertemente unos con otros, y secándolos al sol despues de haberlas cortado á tiras. En este estado adquieren un sabor azucarado y son excelentes. Las hemos comido con frecuencia con el mayor gusto. Pueden conservarse mucho tiempo teniéndolas preparadas y atadas de esta manera.

El *taro* asado constituye una parte integrante de las materias alimenticias. Por medio del lavado se saca de él una excelente fécula; pero la que mas se estima es la que se saca de las raices de una especie de *maranta* llamada *tii* (1) que es la que los ingleses llaman *arrow-root*, y sobre la cual los misioneros han impuesto un derecho. Esta materia es muy blanca y gomosa, y de mucho uso en las enfermedades de concuncion y en las disenterias crónicas. Por sí misma no goza de ninguna propiedad especial que no tengan las féculas de patatas, trigo, etc. Con el mismo fin emplean tambien los tubérculos de las raices que produce la *tacca pinnatifida*, que ellos llaman *tevè*, siendo asi que á la raiz le dan el nombre de *pya*. Las batatas suministran sus raices dulces y azucaradas que tienen mas de un pie de largas, cubiertas con una epidermis rojiza que ellos llaman *eui*. Tambien sacan utilidad de diversas plantas silvestres eminentemente nutritivas, y tienen gran cantidad de una especie de calabaza. La caña dulce no hacen mas que chuparla, y tirar la parte leñosa. Tienen ademas la naranja, el limon y la papaya que se han introducido posteriormente; pero debe figurar en primera linea

(1) Por medio de la fermentacion de la raiz raspada en el agua, se saca del *tii* una especie de rom muy fuerte.

el *vy*, fruto del *spondias dulcis*, cuyo sabor desagrada al principio á causa de un gusto resinoso que domina en la epidermis, pero que desaparece cuando se le quita la cáscara para dar lugar al gusto exquisito y sin mezcla de la carne, de que se hace gran consumo. Este fruto es aguanoso, y se deshace en la boca cuando está maduro; pero entonces es imposible conservarle. Lo cogen cuando está verde para llevarle en los buques y se madura en el mar.

La bebida comun de los otaitianos es el agua pura. Antes de que llegasen los misioneros, bebían un licor espirituoso que embriagaba mucho, llamado *ava*, el cual se sacaba, macerando en el agua por dos ó tres dias la raíz del *piper methisbeum*. Este licor produce un profundo sueño, despues abundante sudor y por consecuencia furiosas embriagueces. Aun en el dia lo usan, pero mas bien como remedio. Por analogía con el *ava*, en cuanto á sus efectos, han dado el nombre de *ava-ava* á esta planta nauseabunda, de que ya no hacen uso, ó á lo menos muy poco, conocida en el universo con el nombre de *tabaco*.

Degenera en furor el gusto que tienen los otaitianos por los vestidos de Europa. Parece que debajo del traje de un hombre empiamente civilizado deben ellos adquirir el mérito que á aquel le distingue, y atraerse la consideracion que se le tiene. Tales son á lo menos sus ideas sobre este particular. Por lo tanto se ve que emplean cuantos medios están á su alcance para adquirir estos vestidos, sombreros, corbatas de seda, y particularmente camisas. Aun no han llegado al estado de usar calzones y zapatos. El corto número de buques que arriba allí, con proporcion á la masa de poblacion, no puede abastecer suficientemente tegidos nuestros para vestir á la mayor parte de los naturales, quienes se han visto obligados á conservar sus antiguas telas de cortezas de árboles, y

vestirse mezclando frecuentemente los vestidos europeos con los taitianos.

El traje diario es bastante sencillo para la clase comun del pueblo: el de los hombres se compone de un pedazo de tela que se pone sobre el *maro*. Algunas veces se echan sobre los hombros un pedazo ligero que tiene en medio una abertura para meter la cabeza. El paño sirve para recoger algunos pequeños objetos. Los muchachos hasta los catorce ó quince años van desnudos y no llevan mas que el estrecho *maro* que cubre las partes genitales. Por lo comun es una estrecha sujecion que circunda los riñones y viene á caer sobre el pubis; otra punta pasa por el perineo y lo sujeta. Los gefes usan unos *maros* hechos con cortezas muy suaves y tegidas como las esteras finas; tienen muchas varas de largo y tres pulgadas de ancho. Los jóvenes llevan frecuentemente una redecilla en la cabeza y se agugerean las orejas para ponerse flores.

En los dias de ceremonia llevan los gefes una larga pieza de tela abierta por el centro, llamada *tiputa*, metida por la cabeza, semejante al *poncho* de los araucanos, y que baja hasta los tobillos, á semejanza de casulla. Su color es blanco, pero las orillas, y sobre todo las esquinas, están adornadas de follage estampados de un color rojo muy vivo que produce el jugo rutilante del *maki*. Otra pieza de tela les ciñe el cuerpo, y aventaja en finura á las precedentes: les da muchas vueltas al rededor de la cintura, y sus colores varían desde el pardo al amarillo canario. Los naturales saben entrenzar la paja con la que hacen una especie de sombreros; y algunas veces reemplazan estos con un turbante de tela.

Los gefes gustan de vestirse á la europea, y aun en el mas descuidado traje doméstico usan hoy un sombrero de paja, una camisa y una estera muy fina,